

𐤌𐤓𐤕

MÁLAGA:

UNA CIUDAD FENICIA
EN EL OCCIDENTE MEDITERRÁNEO



Vista de una de las viviendas del Cerro del Villar

JUAN ANTONIO MARTÍN RUIZ

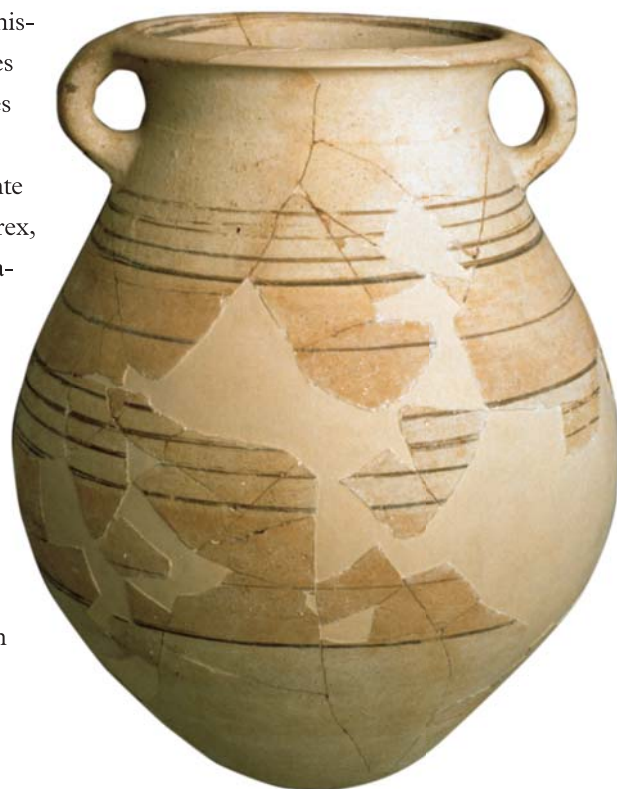
SI, al igual que sucede en una famosa película, dispusiéramos de una hipotética máquina del tiempo que nos permitiera trasladarnos a algún puerto situado en el antiguo Mediterráneo hace tres mil años y, una vez allí, deseáramos hallar un navío tripulado por fenicios, tal vez nos encontraríamos con un problema inesperado.

Sabedores de que el vocablo “fenicio” proviene del término griego “phoiniké”, que significa “hombres de púrpura”, lo más probable es que utilizáramos esta palabra para preguntar a cualquier persona con que se cruzara por el camino. Sin embargo, para nuestra sorpresa, solamente podríamos hacernos entender por alguien que fuese griego o estuviese familiarizado con su cultura, ya que los fenicios nunca se llamaron a sí mismos fenicios, sino que preferían denominarse cananeos, pues poblaban la célebre tierra de Canaán, bien conocida a través de numerosas alusiones recogidas en los textos bíblicos.

Este antiguo pueblo, famoso por la elaboración de un tinte de color púrpura que extraían de un molusco llamado múrex, estaba estructurado mediante un sistema de pequeñas ciudades-estado independientes que, eso sí, poseían un fuerte sentido de pertenencia a una misma comunidad cultural.

Durante toda la Antigüedad el pueblo fenicio sirvió de eficaz intermediario entre las principales potencias del otro extremo del Mediterráneo: Asiria, Egipto, Grecia... Tal fue su prestigio y desarrollo técnico que el monarca Salomón les encargó la construcción del conocido templo de Jerusalén, donde emplearon con profusión los cedros que cubrían sus montañas y que también usaron para fabricar sus naves.

Pithos del Cerro del Villar





En la actualidad parece que fueron varias las causas que les motivaron a hacerse a la mar y fundar colonias en lo que hoy son Italia, Túnez, Malta o Chipre, sin olvidar que incluso salieron al océano Atlántico, como vemos en los continuos hallazgos que se vienen produciendo en las costas portuguesa y marroquí. Entre estas colonias sobresalen con voz propia la famosa Cartago, rival de Roma durante siglos, y Gadir, célebre en la Antigüedad por sus santuarios, en particular el de Hércules-Melqart, el cual fue visitado por personajes de la talla de Aníbal o Julio César.

La búsqueda de metales, entre los que sobresalen los obtenidos en Tartessos, como resaltan las fuentes clásicas greco-romanas, el comercio y, tal vez, un excedente de población que provocaría tensiones sociales, son algunos de los elementos que se barajan para justificar tales expediciones, aunque cada día se advierte más la necesidad de considerar que debieron ser varios los factores que les empujaron a tan arriesgada empresa.

En el caso hispano su venida a nuestras costas significó la introducción de novedosas aportaciones técnicas y culturales nacidas en Oriente, como son el torno de alfarero, la escritura, las viviendas de planta cuadrada o la metalurgia del hierro. Al mismo tiempo con ellos llegaron nuevos cultivos y especies animales, así como productos que, como sucede por ejemplo con las ánforas, pronto fueron imitadas por las poblaciones autóctonas con las que establecieron un fluido contacto.

Hace ya casi tres mil años que una de estas expediciones llegada del Mediterráneo Oriental arribó a las playas malagueñas. En ella venían las gentes que fundaron la primitiva Málaga y que pronto fue seguida de nuevas llegadas de pobladores que conformaron el germen de una de las colonias más pujantes fundadas por los fenicios en todo el sur peninsular.

Ahora bien, lo cierto es que, a pesar de los estudios realizados, aún persisten serios interrogantes acerca de la fecha exacta de esa llegada, pues los contextos fenicios detectados hasta el momento en esta ciudad no van más allá del siglo VII a. C., salvo si nos referimos a algún material sin datación precisa localizado en las inmediaciones de la Alcazaba y quizás a también entre los restos hallados en las cabañas indígenas de calle San Pablo.



Ánfora SOS griega hallada en el Cerro del Villar

Este hecho no deja de suponer un cierto desfase cronológico respecto a otras fundaciones semitas emprendidas a lo largo de Andalucía, pues éstas se datan por regla general a comienzos del siglo VIII a. C. si no algo antes, lo que nos lleva a plantear que aún no se han alcanzado en Málaga los niveles más arcaicos vinculados con esta temprana presencia oriental, cuya profundidad varía pero que en ocasiones se encuentran situados hasta 6 m. bajo el moderno casco urbano.

Esta imprecisión cronológica no afecta, en cambio, al cercano Cerro del Villar, hábitat fenicio emplazado sobre una antigua isla en lo que fue un estuario deltaico que por aquel entonces conformaba el río Guadalhorce en su desembocadura. Fundado con toda seguridad en el siglo VIII a. C., la inexistencia de una ocupación posterior permite entrever las características de un asentamiento fenicio con una extensión de 12 has., el cual se articulaba en torno a un mercado central situado en medio de la isla.

Este mercado consistía en una serie de pequeñas tiendas porticadas en las que se vendían vegetales y pescados, que se distribuían a ambos lados de una calle. Alrededor del mismo se distribuían amplias viviendas formadas por varias habitaciones situadas en torno a un patio central, casas que a veces se dotaban de contrafuertes que también eran utilizados como embarcaderos. Estas viviendas estaban separadas por calles pavimentadas con guijarros, ofreciendo una imagen ordenada y regular que poco tiene que ver con el típico modelo fenicio que encontramos en Malaca, tema que volveremos a tratar en breve.

Este asentamiento mantuvo un importante comercio con otras áreas del Mediterráneo, como Grecia y Etruria, desde donde llegaban ánforas cargadas de vino y aceite. Tuvo también su zona destinada a actividades metalúrgicas y alfareras, que conjugaban con las pesqueras, sin olvidar la práctica de la ganadería y de una agricultura de carácter intensivo. Su abandono se produjo a comienzos del siglo VI a. C., más concretamente hacia el 570, debido a las crecidas del río provocadas por el intenso proceso de deforestación que la acción de los propios fenicios había incentivado.

Tras este suceso el lugar no volvió a ser habitado y sólo fue utilizado esporádicamente durante el siglo V a. C. para construir en él algunos hornos cerámicos. Ante tal situación se ha planteado el posible trasvase de población desde este yacimiento a la cercana Málaga una vez producido el abandono y, aunque sabemos que esta última fue fundada antes de dicho evento, no cabe descartar que al menos una parte de sus habitantes optaran por tal probabilidad.

Aunque no ha podido excavar-se ninguna de sus necrópolis, los preciosos datos suministrados por

Muralla fenicia del Palacio de Buenavista



Ases



Asa de jarro de bronce griego hallado en la Alcazaba



Vaciado del molde dejado por el cadáver de una mujer, que fue cubierto de cal al ser sepultada en la zona de Campos Eliseos. Reproducido del dibujo publicado por el Dr. Berlanga

Manuel Rodríguez de Berlanga nos han permitido conocer que en la zona de Cortijo de Montañés existió un cementerio formado por sepulturas de incineración en pozos, las cuales estuvieron en su momento situadas en tierra firme junto a la costa y de las que por fortuna se han conservado algunos de sus ajuares, algo que nos permite fechar estas tumbas en el siglo VI a. C.

Volviendo a Malaca, hemos de señalar que su nombre, M(a)L(a)C(a), es conocido gracias a su aparición en numerosas monedas acuñadas en la propia ciudad y de las que volveremos a hablar más adelante. Este vocablo ha sido traducido como “emporio” o “mercado”, si bien en la actualidad siguen existiendo ciertas dudas acerca de si este topónimo es realmente de origen semita o quizás debería relacionarse con el ámbito indígena.

Aunque la mayor parte de las citas literarias en las que aparece recogida la ciudad no van más allá del siglo II a. C., existe alguna alusión en una oscura obra, como es la *Ora Marítima*, escrita por el romano Rufo Festo Avieno, autor que vivió en el siglo IV d. C., que puede reflejar en cambio un panorama mucho más antiguo, pues hoy en día se considera que tomó sus informes de algún periplo fenicio de los siglos VII-VI a. C.

Estos forasteros se instalaron en un lugar en el que parece que la implantación indígena no era del todo desconocida, como se aprecia en San Pablo, donde se excavaron viviendas de planta circular elaboradas con adobe y elementos vegetales, que han sido datadas entre los siglos VIII-VII a. C., convirtiéndose con el paso del tiempo en una población unificada.

Su germen se ubica en la zona próxima a la colina donde se asienta la Alcazaba medieval, desde donde fue extendiéndose de manera gradual. Hemos de indicar que en aquellos tiempos esta zona conformaba la antigua línea costera en la



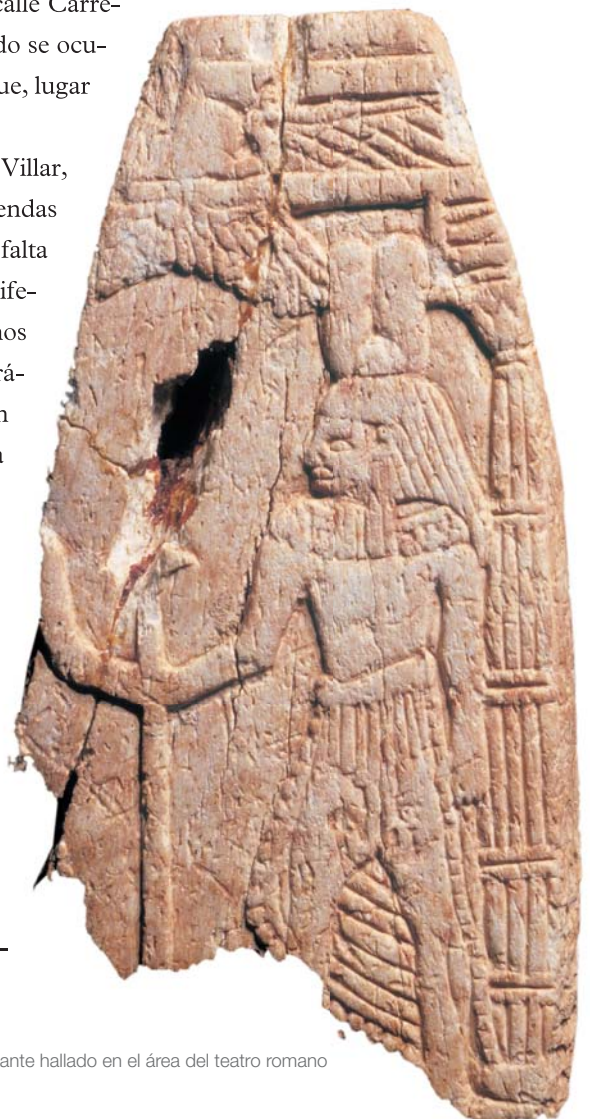
Semis

que se había creado una pequeña bahía. Vemos reflejada en esta elección una norma habitual en el patrón de asentamiento fenicio, es decir, la búsqueda de un lugar elevado próximo a la costa que contase con un cauce fluvial cercano. Desde esta zona se articulaba un espacio que en los primeros siglos de su existencia debió ser más bien reducido, pues no parece que superara las 6 ó 7 hectáreas de extensión.

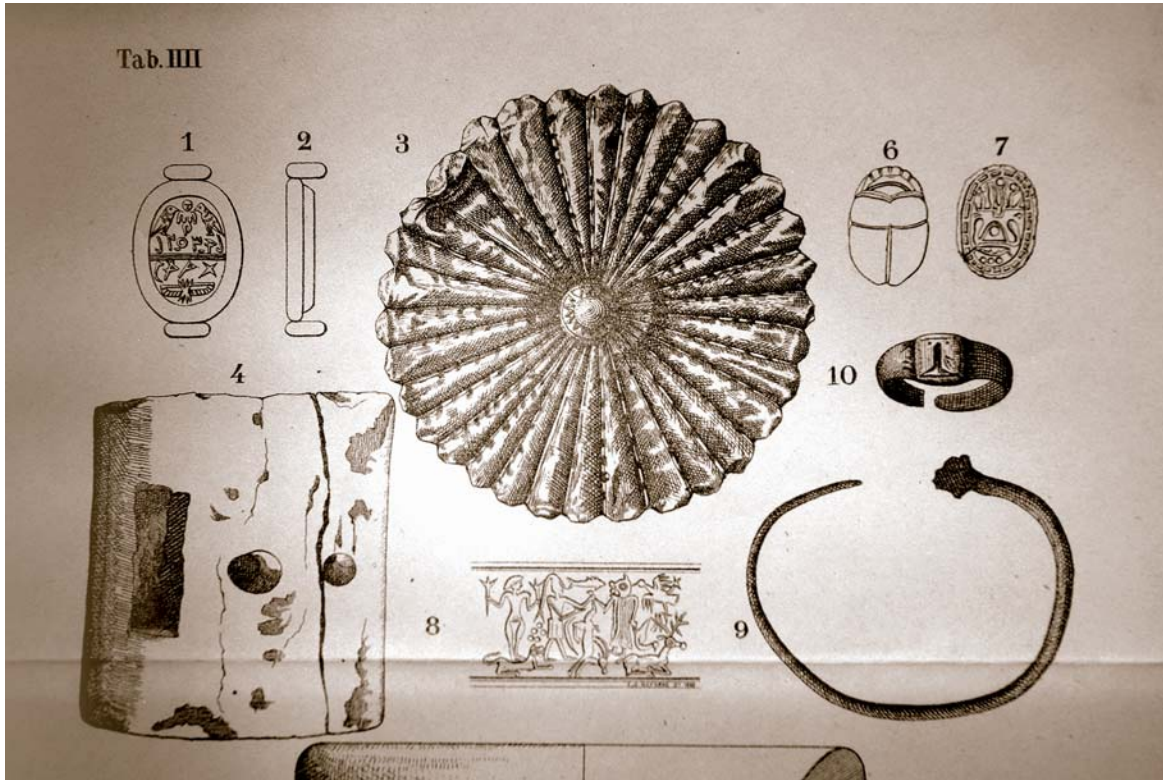
En un primer momento esta ocupación no sobrepasaba el río Guadalmedina, quedando constreñida al actual centro histórico de la ciudad: desde la colina de la Alcazaba-Gibralfaro hasta calle Granada, calle San Telmo y calle Císter. Fue a partir de los siglos III-II a. C. cuando tenemos pruebas de que se extiende a calle Carretería, calle Mármoles y el Palacio Episcopal, siendo ahora incluso cuando se ocupen zonas al oeste del río, como vemos en calle Trinidad, o en Carranque, lugar donde se construyeron hornos cerámicos.

Su urbanismo, en contraposición al constatado en el Cerro del Villar, debió ofrecer una imagen abigarrada, típica del mundo fenicio, con viviendas de planta cuadrada o rectangular y otras edificaciones en una aparente falta de orden, lo que no ocultaba la existencia de una planificación. Esta diferencia entre el diseño urbanístico de ambos enclaves ha llevado a algunos investigadores a relacionarla con el célebre dilema de la ubicación geográfica de la colonia griega de Mainake, antaño situada en una isla según las fuentes literarias, y que se diferenciaba claramente del diseño de la cercana Malaca, por lo que se ha propuesto que Mainake no sería otra cosa que el nombre heleno del asentamiento instalado en el Cerro del Villar.

Aunque no conocemos bien sus casas, sabemos que éstas se erigían sobre zócalos de piedra que soportaban las paredes de adobe con techumbres planas a modo de terrazas, aunque no cabe descartar, como sucedía en la propia Fenicia, que pudieran llegar a tener varios pisos. En alguna ocasión, como en las excavaciones realizadas en el Palacio de Buenavista, se han documentado varias estancias, al igual que la existencia de suelos pintados de color rojo, mientras que en el área de la cima de Gibralfaro estos pavimentos fueron hechos con lajas de pizarra y un sondeo en calle Císter proporcionó otro hecho con mortero que se fecha en la segunda mitad del siglo VII.



Marfil con escena egipciante hallado en el área del teatro romano



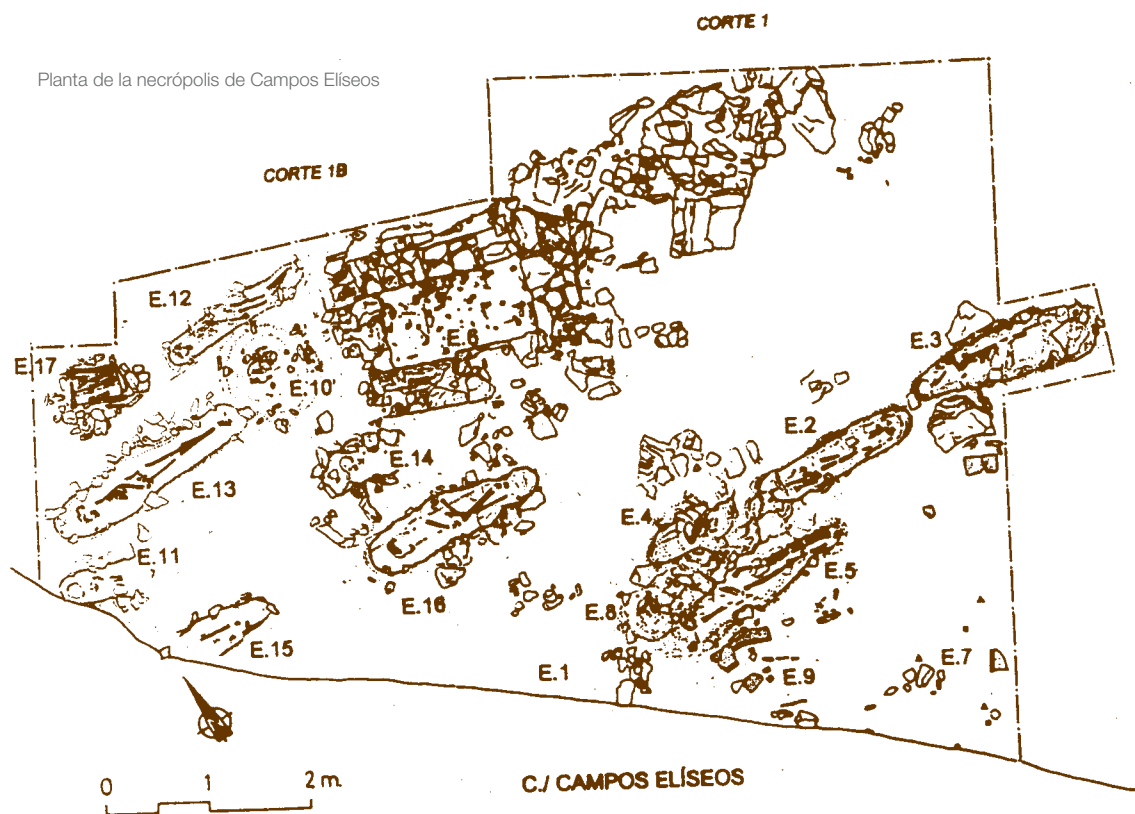
Disco de oro y bisagras de hueso de la tumba descubierta en la calle Andrés Pérez. De la obra del Dr. Rodríguez de Berlanga: *El nuevo bronce de Itálica*. (1891)



Columna y losas de granito aparecidas con motivo de las obras del Túnel de la Alcazaba

Este asentamiento se dotó de un perímetro amurallado, según parece desde los inicios del siglo VI a. C., aunque tal vez futuras investigaciones puedan retrasar un poco esta fecha, que fue superado en dicha centuria por otro tipo de edificaciones residenciales, pues a partir de entonces se constata un crecimiento urbano que sobrepasa las murallas y se expande por el territorio extramuros.

Estas defensas han sido detectadas en varios puntos, como son el Palacio de Buenavista, donde se han documentado dos recintos sucesivos separados por un pasillo central, los cuales fueron erigidos a lo largo del siglo VI, el antiguo colegio de San Agustín, la calle Císter, el actual edificio del Rectorado o los jardines de Ibn Gabirol. Esta muralla fue construida empleando un sistema de casetones con torres cuadradas y circulares que podían ser rellenadas en caso de necesidad dotándola de una mayor resistencia. Con los datos disponibles parece que el recinto exterior estuvo en uso hasta bien entrado el siglo III a. C., sin que



por ahora sea posible establecer relación alguna entre este hecho y la conquista de la ciudad por parte de los romanos.

Nos consta que, al igual que vimos en el Cerro del Villar, la antigua Malaca desarrolló un activo comercio internacional con distintos puntos del Mediterráneo, entre los que cabe citar la Grecia del Este, Eubea y otras islas del Egeo o la zona del mar Tirreno, según constatamos en los hallazgos realizados en el Palacio de Buenavista o el antiguo Colegio de San Agustín, donde se han documentado restos de vasos cerámicos helenos y etruscos, sobre todo ánforas relacionadas con el almacenamiento y transporte de vino y aceite.

De esta última procedencia, en concreto de talleres situados en el área de la ciudad de Vulci, es también el asa de un jarro de bronce hallado junto a otros objetos en la colina de la Alcazaba que se fecha en torno al siglo V a. C., sin olvidar otra asa de un jarro griego y un bello marfil datado hacia el siglo VII a. C., procedente del área del Teatro, en el que vemos una escena egipcizante. Curiosamente, y como ejemplo del arraigo de su tradición oriental, estas importaciones casi siempre





Interior de la tumba 6 de la necrópolis de Campos Elíseos



Amuleto en forma de medallón cerámico de Campos Elíseos

aparecen en las viviendas sin que suceda lo mismo en sus enterramientos, donde optan por depositar sus propios recipientes cerámicos.

Otra actividad de la que se han obtenido pruebas en las excavaciones emprendidas es la metalúrgica, como evidencia un horno para cobre hallado en el Palacio de Buenavista, situado justo bajo la muralla. Ya para fechas más recientes, como son los siglos II-I a. C. nos consta la existencia de un taller en el que se elaboraban elementos del mobiliario, como son unas bisagras de hueso que también eran empleadas profusamente en ambientes funerarios, sin que tampoco quepa descartar la probable existencia de orfebres que trabajaban el oro.

Es igualmente en esta fase cuando surgen algunas de las principales actividades económicas que veremos florecer en época romana, como sucede con las salazones de pescado, las cuales eran envasadas en ánforas como las localizadas en los hornos detectados en los alfares de Carranque. Hasta tal punto será notable este desarrollo que, cuando en el siglo I a. C. el geógrafo griego Estrabón comente en su *Geografía* esta parte del litoral mediterráneo, no dudará en afirmar que es precisamente Málaga la ciudad que mantuvo un comercio más destacado con las comunidades instaladas frente a ella al otro lado del Estrecho de Gibraltar.

Sus necrópolis se distribuyen alrededor de esta zona habitada, aunque a medida que nos acerquemos al cambio de Era este panorama se modifique y encontremos tumbas en otros puntos. Ya desde el siglo XIX se conoce la aparición de algún enterramiento en la calle Andrés Pérez del que nada se ha conservado y que albergaba varias incineraciones dentro de urnas de plomo acompañadas de cajas o arquetas y joyas de oro. Otras sepulturas han sido documentadas en El Ejido, consistentes en fosas de incineración datadas en el siglo VI, en las que la cremación del cadáver se había efectuado en la propia fosa. Otras tumbas de incineración, esta vez de los siglos II-I a. C. fueron localizadas en calle Beatas, las cuales facilitaron collares de pasta vítrea y vasos cerámicos fenicios e itálicos.

Es en la zona de Campos Elíseos-Mundo Nuevo donde se localizada la principal zona de enterramientos, los cuales arrancan desde el siglo VI a. C. y perduran hasta bien entrada

la conquista romana. En ellas vemos una amplia variedad de tipos de tumbas (fosas, cistas, arquetas, urnas cerámicas...), que en su mayor parte presentan un carácter individual y albergan tanto incineraciones como inhumaciones, aunque en el caso de las más antiguas sólo contamos con individuos inhumados. Gracias nuevamente a los trabajos realizados por M. Rodríguez de Berlanga nos consta que estuvieron envueltos por una mortaja de tela. Además de restos de fauna depositada como ofrendas (conejos, aves), se encontraron objetos de vidrio y cerámica, sobre todo ungüentarios, arquetas y distintos tipos de amuletos, sobre todo en tumbas de niños, donde eran colocados con la clara intención de proteger a los considerados más débiles.

Justamente ha sido en el hipogeo colectivo de Mundo Nuevo donde se ha documentado, por vez primera, una práctica ritual recogida en la Biblia de la que no se tenía constancia arqueológica alguna, hasta el extremo de que incluso se había llegado a dudar de su veracidad. Nos referimos a la condena que el profeta Isaías hace del sacrificio de perros entre los fenicios. Pues bien, en esta ocasión se ha localizado un cánido al que se le había cortado la cabeza y que, tras ser incinerado, había sido depositado en la cimentación de esta tumba colectiva perteneciente a una de las familias más ricas de la ciudad, el cual se acompañaba además de diversas piezas cerámicas usadas para albergar líquidos.

Las investigaciones realizadas nos permiten acercarnos también a las características físicas de estos antiguos pobladores, así como al conocimiento de las enfermedades que padecieron. De esta forma sabemos que la esperanza de vida rondaba los 40 años como media, aunque ésta era superior, hasta en una década, entre los adultos fallecidos que habían sido enterrados en el hipogeo, algo que se explica por diferencias sociales y económicas; es decir, una mejor situación socio-económica posibilita una mejor alimentación de los componentes de estas elites locales y una vida más longeva. Este hecho se plasma, así mismo, en la carencia de anemias entre estos grupos dirigentes, en claro contraste con la gran profusión con que aparece entre el resto de la antigua población malacitana estudiada.

Por otra parte ha podido documentarse la existencia de enfermedades que afectaron a esta población, como sucede con el cáncer, en concreto un meningioma craneal que padeció un individuo de entre 20 y 40 años que vivió en el siglo I a. C., el primero constatado en todo el mundo fenicio mediterráneo, amén de fracturas



Pendientes de oro hallados en el interior del hipogeo



Hipogeo de Mundo Nuevo

Plomos monetiformes



óseas de cadera, artrosis en las articulaciones y enfermedades dentales. Un dato interesante es la constatación de una minusvalía física entre los individuos enterrados en el hipogeo, como es tener un brazo más corto que el otro, algo que no significó, sin embargo, discriminación alguna respecto a los restantes miembros de su grupo social, hecho que también podemos hacer extensible al sexo, pues tanto hombres como mujeres aparecen enterrados dentro de esta cámara subterránea con ajuares similares, integrados en todos los casos por ricos pendientes de oro.

La conquista de Malaca por parte de las legiones romanas a fines del siglo III a. C., con casi total seguridad el año 207, y de la que apenas sabemos nada, no supuso como cabría esperar la drástica desaparición de este componente fenicio, por más que a partir de ese momento Roma impusiese sus criterios. Inclusive en una fecha tan tardía como es el siglo I a. C. aún podemos constatar el uso de la lengua fenicia, como se desprende del estudio de algunos grafitos sobre cerámica procedentes de la zona del Teatro romano, los cuales muestran en sus superficies signos de esta naturaleza. Algo similar vemos en el mundo funerario, en el que perduran prácticas rituales de gran antigüedad, todo lo cual nos habla acerca de la pervivencia de una sociedad que se resistía a desaparecer.

Una referencia de Plinio el Viejo, autor fallecido durante la célebre erupción del Vesuvio que arrasó el año 79 d. C. las ciudades de Pompeya y Herculano, y en la que alude a Málaga y su río de los federados, ha hecho pensar que esta ciudad habría obtenido el estatus de ciudad federada inmediatamente después de la conquista. Sin embargo, en la actualidad se considera que esta situación debió producirse más adelante, sobre todo si tenemos en cuenta su participación en una rebelión contra Roma que tuvo lugar el año 197 a. C., y en la que, además, estuvieron involucrados varios asentamientos fenicios e indígenas de la costa y el interior, pues tal acción impedía a una ciudad gozar de una situación tan privilegiada.

Justamente desde finales del siglo III a. C. la ciudad de Málaga inició una serie de acuñaciones monetarias, realizadas mayoritariamente en bronce con muy pocos ejemplos hechos en plata, que perdurarán hasta mediados del siglo I d. C. En ellas se grabaron distintas divinidades de la ciudad (Astarté, Baal), así como algunas de sus edificaciones, caso de un templo tetrástilo que debió existir en la urbe pero del que aún no conocemos ningún vestigio material, algo similar a lo que acontece con los restantes lugares para el culto que debieron erigirse en ella, y de los que únicamente nos ha llegado un quemaperfumes cerámico con forma de cabeza femenina hallado en los derribos de la Alcazaba.

A partir de este momento la impronta romana será cada vez más palpable, tanto en lo concerniente a su desarrollo urbanístico, mucho más monumental, según ejemplifica la construcción de unas termas en la zona donde después se alzaría el Teatro, como en el seno de una sociedad cada vez más deseosa de integrarse en el nuevo Imperio dominado por Augusto, dando comienzo así a uno de los periodos más florecientes de su Historia.

NOTA

Agradecemos muy sinceramente a don Enrique Ferrer Maese las facilidades que nos ha dado para poder reproducir las monedas púnicas malagueñas.

BIBLIOGRAFÍA

- AUBET, M. E., CARMONA, P., CURIÁ, E., DELGADO, A., FERNÁNDEZ, A., PARRAGA, M., *Cerro del Villar I. El asentamiento fenicio en la desembocadura del río Guadalhorce y su relación con el hinterland*, Junta de Andalucía, Sevilla, 1999.
- AUBET, M. E., MAASS-LINDEMANN, G., MARTÍN, J.A., “La necrópolis fenicia del Cortijo de Montañés (Guadalhorce, Málaga)”, *Cuadernos de Arqueología Mediterránea*, 1, pp.217-238, Barcelona, 1995.
- CAMPO, M., MORA, B., *Las monedas de Malaca*, Fábrica Nacional de Moneda y Timbre, Madrid, 1995.
- CISNEROS, E., SUÁREZ, J., MAYORGA, J., ESCALANTE, M. M., “Cerámicas griegas arcaicas en la bahía de Málaga”, *Ceràmiques jonies d'epoca arcaica: centres de producció i comercialització al Mediterrani Occidental*, pp.189-205, Barcelona, 2000.
- CORRALES, M., “Fragmentos de la ciudad antigua a través del Museo Picasso Málaga y su entorno”, *Arquitectura del Museo Picasso Málaga. Desde el siglo VI a. C. hasta el siglo XXI*, pp.13-29, Museo Picasso, Málaga, 2004.
- GRAN-AYMERICH, J. M. J., *Malaga phénicienne et punique. Recherches franco-espagnoles 1981-1988*, Recherche sur les Civilisations, Paris, 1991.
- MARTÍN, J. A., PÉREZ-MALUMBRES, A., *Malaca fenicia y romana. La necrópolis de Campos Elíseos (Gibraltar, Málaga)*, Sarriá, Málaga, 1999.
- RECIO, A., *La cerámica fenicia-púnica, griega y romana del sondeo de San Agustín (Málaga)*, Diputación Provincial, Málaga, 1989.